

CAPITULO LV.

Los Almohades. — Quiénes eran y cuál fue su origen. — Mohammed Abu Abdallah toma el título de Mahedi-Abdelmumen. — Sus triunfos en África. — Victorias obtenidas sobre los Almoravides. — Venida de los Almohades á España. — Queda establecida su dominación.

Hemos hablado en los capítulos anteriores de la venida á España de los Almohades, nueva raza africana llamada por los árabes españoles para librarse de los Almoravides, y necesario es que demos algunos antecedentes respecto á estos nuevos invasores, que tanta importancia tuvieron en los acontecimientos de nuestro país. Mohammed Abu Abdallah, de humilde origen, pero ansioso de instruirse en los asuntos de su fe, estudió primero en Córdoba y despues pasó á Bagdad á la escuela en que daba sus lecciones el filósofo Abu Hamed Algazali, siendo acogido por este con señaladas muestras de deferencia y recibiendo el encargo de vengarle del emperador de Marruecos que habia condenado al fuego la obra que aquél habia escrito titulada: «Del renacimiento de las ciencias y de la ley.»

De vuelta Abu Abdallah á su patria, empezó á predicar fervorosamente las doctrinas de Algazali, y tomando el nombre de *El Mahedi*, ó sea el *conductor*, reunió gran número de prosélitos, contándose entre estos á Abdelmumen, jóven de noble estirpe y de arrogante y simpática figura.

Penetraron en la capital del imperio marroquí y la corrupción de la corte les ofreció abundante materia para sus predicaciones que bien pronto llegaron á hacerse peligrosas para el Emir, el cual le desterró de Marruecos.

Establecióse entonces Abdallah, acompañado de su fiel Abdelmumen, (el servidor de Dios), en un cementerio próximo á la ciudad, siendo tal la afluencia de musulmanes que acudían á escuchar sus doctrinas, que el Emir no tuvo mas remedio que dar la órden para prenderle.

Esquivó Abdallah semejante peligro huyendo hácia Tinmal, seguido de gran número de adeptos, y allí se hizo proclamar como el fundador de un nuevo pueblo, eligiendo por su primer ministro á Abdelmumen, á quien asoció nueve individuos mas, subdividiendo los demás en nueve clases y formando dos consejos, compuestos, uno de cincuenta individuos y de setenta el otro.

Al frente de un ejército bastante numeroso se dirigió hácia Agmat, aprovechando la ocasion en que el emperador se hallaba en Marruecos (1121).

Salieron contra ellos los soldados del Emir, pero fueron derrotados, y este triunfo de los almohades prestóles nuevos bríos y les atrajo mayor número de partidarios.

Otro nuevo ejército lanzó el emperador contra ellos, y otra nueva derrota, á la par que hería de muerte su prestigio, aumentaba la nombradía de los contrarios, y aun cuando el emperador hizo venir de España á su hermano Temim para que guerreará tambien con los almohades, fue tambien vencido por estos, quedando deshechas sus tropas en la primera batalla.

Posesionados los nuevos *Unitarios*, pues tal es la significacion del nombre de Almohades, segun Abulfeda y otros autores, de Tinmal, fortificáronla extremadamente, y al abrigo de ella hacían terribles acometidas por las tierras de los almoravides, causándoles grandes pérdidas.

Creyéndose fuertes despues de una nueva batalla en que derrotaron otra vez á sus contrarios, dirigiéronse resueltamente sobre Marruecos; pero una noche fueron sorprendidos por los soldados del Emir y acuchillados y deshechos hubieron de llegar algunos hasta Tinmal á dar cuenta de su desastre al Mahedi, que no pudo asistir á aquella expedicion por hallarse enfermo.

Por este tiempo, que era hácia el año 1125, los almoravides en España estaban sufriendo tambien considerables pérdidas, pues D. Alfonso de Aragon, el *Batallador*, les perseguía sin descanso, y los mozárabes andaluces se unían á sus banderas.

En venganza de esto, los almoravides cogían los prisioneros cristianos que hacían en sus algaras y correrías, y los transportaban á Africa para que combatieran contra los almohades.

Repuestos ya estos de su pérdida, volvieron otra vez sobre sus enemigos, y una derrota nueva fue el resultado que obtuvieron los soldados del Emir.

En 1129 falleció el Mahedi, entregando á su favorito Abdelmumen el libro de su fe que él recibiera del mismo Algazali, y el noble musulman fue proclamado Emir Almumenim, segun la postera voluntad de su maestro.

Seguió á su nombramiento una série de triunfos que hacían presagiar la próxima ruina del imperio almoravide. En 1132 se hizo dueño de todo el territorio que se halla entre las montañas de Darrah y Salé, y el emperador Alf no encontrando otro medio para contrarrestar á tan poderoso enemigo que el de asociar al trono á su hijo Tachfin, hizo así, trayéndose este de España cuantos cristianos pudo, sin que esto fuera bastante á contener aquel devastador torrente musulman que amenazaba envolver entre sus furiosos torbellinos cuanto recordara la dominación almoravide.

En España se le sublevaban los musulmanes del Algarbe y Andalucía, y en Africa el terrible Abdelmumen no les dejaba un momento de reposo.

A la muerte del emperador Alf ocurrida en 1143, siguieron algunas pequeñas victorias obtenidas por Tachfin, que trató de hacer

la guerra en grande escala á los almohades, pero bien pronto fue á su vez derrotado, viéndose en la precision de encerrarse en Tlemecen, á cuya plaza dieron varios asaltos los enemigos.

Abdelmumen dejando en este punto buen número de gente, marchó sobre Oran, en cuyo sitio guardaba sus tesoros el nuevo emperador. Este, queriendo rescatarlo y marcharse á España, pues veía el mal estado en que aquello se encontraba, fuese tambien á Oran; trató de sostenerse algun tiempo, mas la suerte le iba cada vez siendo mas contraria, y una noche quiso dirigirse solo y á caballo donde estaban las naves que habian de conducirle á España, y tuvo la desgracia de que se le espantase la cabalgadura, despeñándose por un precipicio, en cuyo fondo fue hallado al dia siguiente.

Abdelmumen hizo cortar al cadáver la cabeza y la envió á Tinmal, mientras el cuerpo era clavado en un sauce, y se posesionó de la plaza en junio de 1145.

Pocas ciudades quedaban ya bajo el poder de los almoravides, pero estas pocas reconocieron por sucesor de Tachfin á su hijo Ibrahim Abu Ishak.

En mal hora empezó á regir aquel imperio que á cada paso se desmoronaba, el hijo del desdichado Tachfin. Su enemigo Abdelmumen dirigió sus huestes sobre Tlemecen y Fez, y ambas poblaciones fueron tomadas á pesar de su heroica resistencia, que solo sirvió para que los vencedores se ensañasen mas cruelmente con los vencidos.

Dueño de Fez Abdelmumen, hizose proclamar rey de los almohades, y bien pronto solo tuvo Ibrahim Abu Ishak, otra plaza de su tan dilatado y poderoso imperio, que Marruecos.

La fama de los almohades habia llegado á España, y por esta época fue cuando los sublevados musulmanes del Algarbe enviaron á pedir su apoyo á Abdelmumen.

Este, á semejanza de lo que en otra época hizo Yussuf, jefe de los almoravides, dió órdenes á su caudillo Abu Amram para que al frente de treinta mil hombres de infantería y caballería pasase á la península á tomar posesion de aquel territorio, y mientras Algeciras, Gibraltar y otras poblaciones de España veían trementol en sus murallas el blanco estandarte de los almohades, estos ponían estrecho cerco á Marruecos, último refugio del nieto de Alf, que á tal extremo viera reducido el dilatado reino de sus padres.

Con heroico esfuerzo se defendieron los últimos restos de las tropas almoravides. Hicieron varias salidas sin conseguir romper aquel círculo que les oprimía, y escarmentados ya permanecieron únicamente á la defensiva, esperando vencer con su defensa la obstinacion de Abdelmumen.

Empeño inútil; el rey de los almohades estaba resuelto á posesionarse de la capital y apretando el cerco, presto se dejó sentir dentro de los muros un hambre tan espantosa, que segun los historiadores árabes, pasaron de doscientas mil las personas que murieron de inanicion.

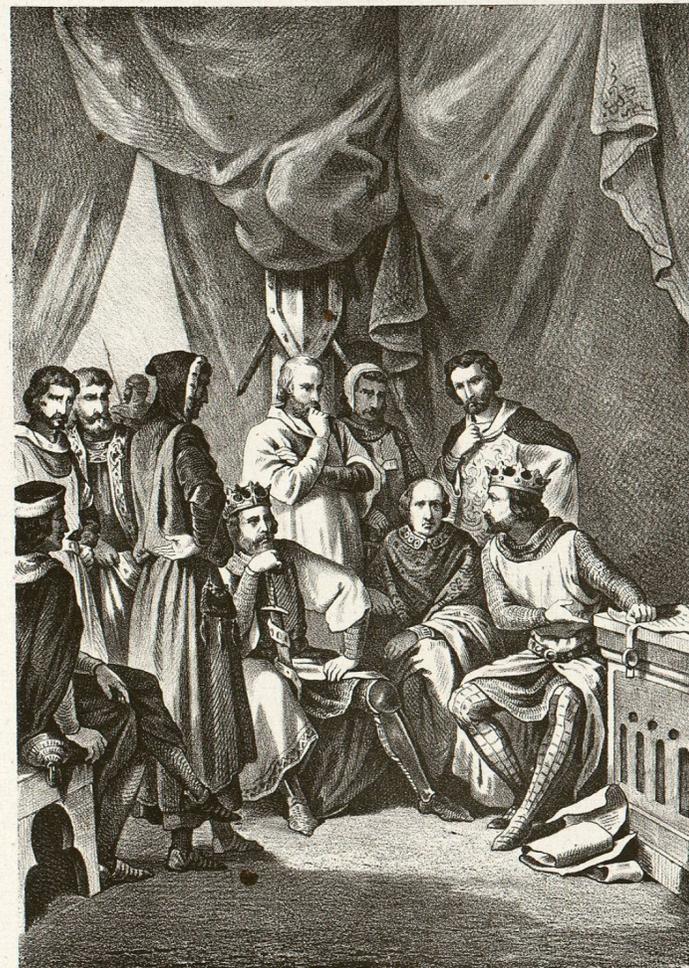
Los soldados apenas podían sostener las armas y tan débiles defensores no pudieron ya oponer gran resistencia á las fuertes huestes almohades, cuando ordenado el asalto general, arrojáronse estas sobre los muros.

Ibrahim y algunos de sus jeques fueron conducidos á presencia de Abdelmumen, que si bien por un momento pensó en conceder la vida á Ibrahim, impresionado favorablemente por su juventud y arrogancia, la altanería de un jeque que en aquel momento se atrevió á denostar á su soberano porque se postraba á las plantas del Almohade, irritó á este en tales términos, que ordenó la muerte, no solamente del Emir Almoravide, si que tambien de todos sus amigos.

Abdelmumen hizo purificar la ciudad, derribó las antiguas mezquitas sustituyéndolas con otras nuevas y tomó ya decididamente el título de Emir Almumenim ó jefe de los creyentes, con general satisfaccion de sus pueblos.

La bandera almohade, si bien durante parte del reinado de Alfonso VII de Castilla no pudo enseñorearse tan áltiva como en Africa, en cambio fue arrojando de la mayoría de las plazas musulmanes el negro estandarte de los almoravides y cuando en la última época de su reinado, á los hazñosos hechos de Ramon Berenguer IV y de Alfonso de Castilla, sucedieron aquellos años en que solo se trató de enlaces y alianzas, segun hemos tenido ocasion de demostrar en nuestro capítulo anterior, los almohades fueron extendiendo su dominio, recuperaron algunas plazas de las que les arrebataran los cristianos y destruyeron por completo todo el elemento almoravide ayudados eficazmente por los árabes españoles, que no comprendían que el yugo almohade que iban á tener, seriales mas pesado é insoportable que el de los soldados de Yussuf que con tanta ligereza estaban destruyendo.

De este modo, aquella raza que habia crecido en un momento, que el genio de un hombre supo explotar y las dotes de otro robustecer, en Africa y en España quedó por dueña absoluta, haciendo en mas de una ocasion estremecerse á los soberanos cristianos españoles.



TRATADO DE VALDEVEZ.

CAPITULO LVI.

Origen y principio del reino de Portugal.—Primer Conde.—Sus ambiciones.—Esfuerzos de los portugueses por obtener su emancipación de Castilla.—Alfonso Enriquez, primer rey de Portugal.—Separación definitiva de este reino de la corona de Castilla.

DIFÍCIL es fijar de una manera definitiva la época cierta de la independencia de Portugal. Del mismo modo que al antiguo condado de Castilla, su autonomía, por decirlo así, fue la consecuencia de una multitud de sucesos, que poco á poco fueron segregándole de la masa común de la nación, sin que pueda el historiador citar firmemente la fecha en que pudo decirse ya, desde este día fue independiente.

Origen de grandes controversias y de disputas cronológicas ha sido este acontecimiento, sin que á pesar de haber consultado diferentes historiadores y á pesar de cuanto por algunos se ha dicho y asegurado formalmente, hayamos podido encontrar justificada una fecha que poder citar en nuestra obra.

«De una manera lenta, insensible, indefinida se fue constituyendo el reino de Portugal» dice nuestro erudito Lafuente y muy conforme con la suya nuestra opinión, juzgamos que este hecho, mas que la obra de un hombre, fue el producto de una serie de esfuerzos y de circunstancias cuyo lógico resultado debía ser la emancipación, tácita durante un buen período, y definida completamente y sancionada, despues.

La Lusitania como uno de los distritos ó provincias españolas habia sufrido las mismas alteraciones que el resto de la península, durante los primeros siglos.

En el X, ya encontramos definida la *Terra Portucalensis*, pues *Portucala* era una población de importancia sobre el Duero, como Coimbra lo era á su vez en el Mondego.

Considerada como provincia castellana, unas veces dada como parte de territorio, y otras como condado, fue sucesivamente pasando por el dominio de los reyes.

Mas las adquisiciones hechas hácia la parte de los Algarbes y que se agregaban á aquel distrito, iban dándole gran importancia haciendo que aquellos naturales y los condes que les regian, alejados de la metrópoli, sin grandes vínculos que los ligasen con la corte y entregados á sí propios, por decirlo así, fuesen sintiendo germinar en su interior un espíritu de independencia y emancipación que con el tiempo era indispensable que diera grandes resultados, segun tendremos ocasión de demostrar.

De grave error califica un historiador contemporáneo la protección dispensada por el rey Alfonso VI á los condes franceses Ramon y Enrique de Borgoña, á los cuales casó con sus dos hijas, dando al primero el condado de Galicia y el de Portugal al segundo, asegurándoles de este modo una especie de soberanía, que habian de hacerles aspirar á otra mas estensa y mas independiente, produciendo con ello nuevos disgustos.

El modo que ambos tuvieron de pagar aquellas bondades, ya lo hemos indicado en otra parte, y aun cuando la muerte llegó á atacar las ambiciones del de Portugal, dejó ya el germen en su hijo, germen que fue poderosamente alimentado por la desmedida ambición de su madre D.^a Teresa.

Astuta, enérgica y persistente en sus propósitos, por mas que en los primeros momentos que siguieran á la muerte de su esposo apareciese como amiga de su hermana, pronto mostróse su contraria tomando una parte harto significativa en cuantos sucesos tuvieron lugar en el tristemente célebre reinado de D.^a Urraca.

Bastante política, supo unas veces mostrarse partidaria de su hermana, otras del bando de su sobrino Alfonso y otras del obispo Gelmirez, procurando siempre obtener beneficios de aquellas alianzas, consiguiendo ensanchar los límites de su territorio y tratando de obtener su independencia, objeto único y esclusivo de sus aspiraciones.

Naturalmente se comprende que á esto no solamente la incitaban sus mismos vasallos, si que la ayudaban con la mejor voluntad, consiguiendo con esto, no tan solo mantener perenne aquel espíritu de emancipación en el corazón del pueblo, sino aumentarle y fortalecerle mucho mas.

De tal modo habia ido ensanchando D.^a Teresa los límites de su territorio por la parte de Galicia, que cuando subió al trono su sobrino Alfonso VII vióse obligado á usar de la fuerza para recobrar algunos de los castillos de que aquella se apoderara, obligándola á reconocer su superioridad.

La revolución interior que estalló despues en el territorio portugués, dió un nuevo sesgo á la cuestión, aun cuando siempre en armonía con sus deseos y sus esperanzas.

Las intimidades de D.^a Teresa con el conde gallego Fernando Perez, hijo del de Trava, disgustando á los nobles, obligáronles á levantarse poniendo á su frente al hijo de la viuda condesa, y llegando á las manos ambas huestes, quedaron vencedoras las tropas del jóven D. Alfonso Enriquez saliendo desterrados de aquellos dominios, tanto su madre como el favorito causa de aquella sublevación.

Ambicioso, valiente y audaz el príncipe, demostró bien pronto sus belicosas aspiraciones en las entradas que hizo por las tierras de Galicia, segun ya dejamos expuesto en otro lugar, obligando á su primo el de Castilla á dirigirse hácia aquel sitio, firmándose en 1137 el famoso tratado de Tuy, en virtud del cual D. Alfonso

Enriquez se obligaba á respetar el territorio de su primo, obligación que hecha en presencia de cinco obispos y confirmada por ciento cincuenta hidalgos portugueses, fue rota dos años despues.

En esta ocasión no estuvo el emperador tan severo como debia esperarse del soberano que vence á un vasallo rebelde, así como tampoco mostró prevision alguna al no tratar de contener en su principio el fuego, que mas tarde, habia de trocarse en voraz hoguera.

Los musulmanes sufrieron las consecuencias del belicoso carácter del conde portugués durante el tiempo que este creyó conveniente respetar el tratado de Tuy, y la célebre batalla llamada de Ourique por haberse dado frente al castillo de Oriz, segun le apellidaban los árabes, no solamente dió gran fama al jóven Alfonso, si que entusiasmados sus soldados por aquella victoria, le aclamaron con el título de rey.

Ufano con este triunfo no vaciló el portugués en hollar el tratado de Tuy y otra vez penetró por Galicia aun cuando el alcaide de Allariz, Fernando Joannes, supo hacerse fuerte con ventaja, dejándole herido en uno de los encuentros que tuvo con él, y malparadas sus tropas.

Otra vez vióse obligado el emperador de Castilla á marchar contra su primo y pronto estuvieron ambas huestes frente á frente, cerca de Valdevez.

Durante algunos dias entretuvieron los guerreros de uno y otro campo justando y probando su destreza y valor, y cuando parecia mas inminente una de las batallas, celebróse un tratado de paz entre los dos primos, sin que pueda verdaderamente definirse quien fue el iniciador, por lo discordes que sobre este punto están las antiguas crónicas, tratado que mas que otra cosa, era una suspensión de hostilidades ó preliminares de una paz, para la cual ya quedaban sentados ciertos precedentes importantes para los hechos que subsiguieron.

En primer lugar ya no habia desventaja para ninguna de las dos partes, y en segundo, se hacia el mútuo cange de prisioneros y de los castillos que reciprocamente se habian tomado, tratándose, por decirlo así, de igual á igual.

Desde este momento, aun cuando no hubiera un tratado formal y aun cuando el de Tuy no estuviese revocado, es lo cierto que se ve obrar con mas independencia al portugués; ya toma y usa el título de rey; ya no van sus banderas unidas á las castellanas; ni asiste á sus asambleas, ni le paga tributos, y si bien la cuestión no estaba materialmente resuelta, parece haberse adelantado mucho desde aquella fecha.

El príncipe portugués trató entonces de apoderarse de la importante plaza de Santarem, ayudado por una armada francesa que hacia rumbo á la Tierra Santa, mas no pudo conseguirlo y se contentó con fortificar las fronteras de su territorio por aquella parte, combatiendo con varia suerte en distintas ocasiones con los infieles, aun cuando al final obtuvo algunas ventajas.

En 1143 el monarca de Castilla trató de ultimar el arreglo de sus relaciones con Portugal y avistándose con su primo en Zamora, reconoció el título de rey, cediéndole el señorío de Astorga á título de feudo para que constase la dependencia en que quedaba de la corona de Castilla, dependencia puramente nominal, con lo cual se separaron.

Implicitamente parecia quedar reconocida la soberanía de Portugal, y el rey, ya por acuerdo propio, ó con asentimiento del mismo soberano de Castilla, recurrió al Pontífice, costumbre ya admitida en Europa, pues se consideraba al Papa como señor de reyes y distribuidor de reinos, para que le legitimase, por decirlo así, haciéndole homenaje de su reino y ofreciendo pagar á la iglesia romana un censo anual de cuatro onzas de oro, amen de otras varias ofertas y concesiones.

Inocencio II que ocupaba la silla de san Pedro, á la sazón, no pudo contestarle por haber fallecido á poco de recibir aquella demanda; Celestino II tampoco dió contestación y únicamente Lucio II á quien quizás repetiría su ofrecimiento, contestó por medio del arzobispo de Braga, eludiendo diestramente la cuestión principal nombrándole solamente *dux portucalensis*, pero aceptando su oferta.

Cuando el emperador se enteró de esto, escribió á su vez al Pontífice, que era ya Eugenio III, quejándose de que el arzobispo de Braga no hubiese reconocido la supremacía del de Toledo y que tratase de lastimar los derechos de la monarquía leonesa, reconociendo los de Portugal.

La contestación fue clara respecto al primer punto, pues mandaba que el metropolitano bracarense reconociera el poder del de Toledo, y completamente ambigua en cuanto al segundo, quedando de este modo las cosas, hasta que Alejandro III dió ya el título de rey al de Portugal.

En este estado quedó semejante asunto, sin volverse á hablar de pretensiones por una ú otra parte y sin hacerse mención alguna del condado de Astorga, obrando ya con entera independencia los monarcas de uno y otro punto.



Serra lit.

Casals imp.

SITIO DE CUENCA.